

me envió a Cabra una postal desde la Ciudad Eterna, cuando asistió a la canonización del Beato Juan de Avila. Representaba la famosa Fontana de Trevi. Sin duda la escribió con prisa. Decía sencillamente: «Os prometo una oración muy especial en el momento de la canonización. Recibid un fuerte abrazo». No fechó la postal.

* * *

José Luis Cotallo siempre tenía prisa. Pienso que el amor a todos y la prisa le han hecho ganar el Cielo. Allí, junto a San Juan de Avila y San Pedro de Alcántara, tiene Cáceres, la diócesis, Extremadura y la Iglesia — que quiso pura e íntegra — un gran valedor. Un intercesor extraordinario.

¿Llorar? ¿Por qué no? Somos humanos y sensibles. San Agustín lloraba. ¿Rezar? Mucho mejor. Es deber de gratitud, puesto que él rezó por muchísimos. ¿Recordarle? Siempre los que le quisimos y a quienes nos amó en el Señor. ¿Escribir sobre él? Es justo y acertado. La luz no debe esconderse según el sentir del Evangelio. ¿Calle o monumento a su memoria? Es merecido. Pero el mejor monumento será el que le levantemos en nuestro corazón cada uno. Un monumento en el que ardan siempre llamas de amor y sinceros deseos de imitar y poner en práctica lo que nos predicó y lo que escribió en la breve carrera de cuarenta y ocho años.

Te repito, amigo lector, que estas «espigas» han sido recogidas, entre muchas, con urgencia. Pero, entre todas ellas, ¿no serán suficientes para fabricar siquiera un modesto panecillo que te pueda proporcionar el auténtico «sabor» que tenía el alma exquisita del sacerdote don José Luis Cotallo?

LA MUSA CORDIAL DE GABRIEL Y GALÁN

por Cástulo CARRASCO



Se ha conmemorado el centenario del nacimiento de Gabriel y Galán. Con motivo tal, se ha reencendido el altar que el poeta tenía levantado en cada uno de los pechos de quienes siendo jóvenes le leyeron. Porque podrán, ya en la pubertad, establecerse preferencias estilísticas, de moda o de escuela; pero lo que no podrá negarse es que en quien haya abierto los ojos de su curiosidad por la poesía en la lectura del poeta castellano-extremeño éste siga viviendo. De bajo el montón de *ismos* —ismos o postimos— que sucesivamente hayan ido cayendo sobre aquellas primeras lecturas habrá surgido, al conjuro de la conmemoración, la emoción en esos pechos soterrada.

Han venido muchos actos conmemorativos, de los que no va a quedarnos otra huella que las referencias de prensa —que se leen, pero no se guardan—, teniendo que fiarlo todo al recuerdo, como en el recuerdo de algunos extremeños y salmantinos estará que, hace ya bastantes años, dedicamos al poeta unos cuantos meses intercambiando lecturas de sus poesías entre emisoras de Cáceres y Salamanca. Me siento complacido de haber sido promotor y uno de los intérpretes de aquellas grabaciones.

Pero bien: no todo va a quedar en eso. Afortunadamente. Porque una editorial preocupada porque los libros puedan llegar —por su asequibilidad— a manos de todos ha sacado a los escaparates un tomito con varia muestra de los temas y estilos galanianos. (1)

(1) José María Gabriel y Galán: *Poesía y prosa. Novelas y Cuentos*, 1970.

Antólogo y prologuista: Luis Jiménez Martos, zahori de la poesía hispano-americana, en continua calicata para sacar a luz los ocultos manantiales por donde discurre el caudal poético que se estanca cada año en una de sus antologías, y vigia permanente para que en el dique de Adonais se remanse el fluir más valedero de cada hora.

Como prologuista de esta selección galaniana ha estudiado al autor como poeta campesino y familiar, sacándole el juego de sus idílicas y eglógicas estrofas: y como poeta cristiano, tema dominante no sólo en su tomo denominado *Religiosas*, sino desparramado por toda su obra; y como, tocándolo de paso, poeta con «intención social». Aspecto éste en el que quisiera detenerme.

Cierto que fue doña Emilia Pardo Bazán quien primero lo advirtió, al prologar (1903) *Nuevas Castellanas*, lanzadas a la calle en 1905 por una imprenta salmantina.

La condesa dice: «Llamo social a una forma de arte cuando concurre a mantener la estabilidad, una estabilidad no inerte, sino activa, y hasta penetrada de ese impulso de renovación que se da en los organismos mientras vence en ellos lo integrante a las fuerzas desintegradoras. Para decirlo más claramente: el arte social no es opuesto a la evolución, pero sí a la revolución violenta».

¿Hace esta aclaración para que mejor comprendan los que leen? Eso podría entenderse. Pero más bien porque ella ya ha leído, y seguidamente van a leerlo los demás:

Tiempos aún no venidos
del imperio triunfal de los caídos:
¡derramad pan honrado y paz bendita
sobre hogares queridos
que templos son donde el trabajo habita!

Tiempos tan esperados
de la justicia, que avanzáis armados:
¡sitiad por hambre o desquiciad las puertas
de alcázares dorados
que no las tengan al trabajo abiertas!

¡Vida que vive asida
savía sorbiendo de la ajena vida,
duerma en el polvo el criminal sosiego!
¡Rama seca o podrida
perezca por el hacha o por el fuego!



Bellezas del paisaje extremeño. Los pinos de Talayuela, el río Tiétar y al fondo, Gredos.

(Foto Callejo)

¿Es este exaltado José María del «Canto al trabajo» el pacífico ciudadano de religiosidad cuyos ecos han llegado hasta oídos de la aristócrata? Sí, ¿por qué no? Pero ella intuye que esa exaltación no nace sino de una rebeldía filtrada a través de una cristiana caridad. Porque el poeta... Jiménez Martos refiere: «Dos niños mendigantes llaman diariamente la atención de Gabriel y Galán y sus amigos. Un día, uno de esos niños no aparece. Pregunta el poeta, El pequeño está enfermo. Va entonces a visitarlo a la buhardilla donde vive, y encuentra que ha enfermado de viruela. También lo está, aunque de otra dolencia, la madre del niño. José María resuelve llevar al enfermo de viruela a su casa, y allí le cuida». Caridad que, cuando no puede ejercerla de modo material, le obliga a que, en carta a un amigo suyo, se duela: «Pasado mañana dará la justicia en esta localidad el triste espectáculo de la ejecución de la reo de un crimen cometido en una dehesa de este partido judicial hace ya dos años».

Pero, como todo ser humano, siente también el dolor de la conducta de los demás. Y, claro está, ha de quejarse: «Las gentucas de las aldeas, al par que cosas buenas, tienen miserias y roñas morales que repugnan al estómago más fuerte. Se necesita mucha caridad y mucha paciencia para vivir entre ellas...»

El prologuista apostilla: «Creo que este documento epistolai va en contra de la imagen tópica del poeta de Frades». De la imagen tópica, puede. Del hombre José María, no. Porque cuando él adivina que esas «miserias y roñas morales» vienen motivadas por una injusticia social, y ve que

por la cuesta abajo del serrucho pizarroso
va bajando la paupérrima jurdana
con miserias en el alma y en el cuerpo,
con el hijo medio imbécil a la espalda...

le nace una encendida súplica:

Yo les pido dos limosnas para ellos
a las hijos de mi patria.

Primero, como hombre caritativo:

¡Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos!

Y luego, como maestro que es:

¡Pan de ideas para el hambre de sus almas!

Y ya está preparado para, cuando Alfonso XIII (1904) visita Salamanca, enviarle lo que entonces podría ser llamado «un memorial»:

Señor: no soy un juglar;
soy un sincero cantor
del castellano solar.

¡Y tan sincero! Va a demostrarlo seguidamente, tras advertir que si ante el monarca se han ocultado sombras de negro vivir,

mintió la vieja embustera
que llaman cortesanía...
¡Mejor a su rey sirviera
sí, en vez de la Patria mía,
verdad a su rey dijera!

Verdad que suelta él un poco después, pero no antes de alegar que Dios corona a los reyes para que lleven a sus súbditos la mayor felicidad,

mejor que atados con leyes
suelos en cursos de amores,

haciendo inmediatamente esta notificación:

Señor; en tierras hermanas
de estas tierras castellanas
no viven vida de humanos
nuestros miseros hermanos
de las montañas jurdanas.

Y plantea lisa y escuetamente el problema. Mas para que los regios oídos no se escandalicen con el contraste de lo que hasta ahora venía entrando por ellos, ruega:

Señor: no oigáis las canciones
de las doradas sirenas
que sólo cantan ficciones...

remachando con una sentencia el por qué de tener que hurtarse al cortesano engaño:

¡Los más grandes corazones
son los que arrostran más penas!

Y expone la estampa de la realidad frente al idílico cromó del halago:

Dolor de cuantos lo vieren,
mentís de los que mintieren,
aquí los parias están...
De hambre del alma se mueren,
se mueren de hambre de pan.

Y tras una sonrisa de esperanza con el obligado halago:

Limosna de un rey cristiano
es manantial soberano
de grande consolación...

el profundo, el doloroso lamento, el desengañado gemido:

Mas nunca llega la mano
donde llega el corazón.

Y para final, tras de dejar sentado que

yo nunca rimo un cantar
sí no me lo pide amor...

la razón de por qué ha expuesto todo aquello:

La Patria me hizo vibrar...

y una fusión enaltecedora que no puede, ni debe, ni quiere por el más alto dignatario a quien va dirigida ser rechazada:

¡Patria sois también, señor!

Es decir, que cuando a Gabriel y Galán se le presenta ocasión de hacerse oír por la más alta representación de su patria, en vez de llenarse de soberbia y presumir de coyuntura tan enaltecedora, formula un pliego de cargos y lo deposita en manos del rey. Sólo que, en vez de dejar amplios márgenes para que sean llenados con pólizas y sellos no siempre de «aportación voluntaria», esos márgenes los deja porque él es poeta y ha escrito sus quejas en renglones cortos. ¿Que no firma? No, no firma, porque quiere que su voz no sea la suya, la del poeta laureado, sino la del pueblo, la de los infelices que sufren, lo que a él le duele en el corazón.

No es que haya querido convertirse en demagogo y encabezar un movimiento de protesta. No. El huye del relumbrón, y no pretende fundar partido alguno. Su dolor le nace más hondo que para fachada de partidismos. Y como su noble espíritu se conmueve siempre que contempla la desdicha ajena, y esta la tiene allí cerca—Casares, Las Mestas, Martinebrón, Nuñomoral, Caminomorisco, en cuyos campos contempla

madroñeras, lentiscos y jaras,
helechos v piedras,
madreselvas, zarzales y brezos
relamas escuetas

por toda vegetación, y comprende que aquello poco puede dar para mantener a sus hijos— reclama atención oficial y algo de caridad. Que llegue.

* *

Todo ha pasado ya. Se han celebrado muchos actos de homenaje; pero sería una pena que todo quedara en eso.

A mi juicio, el mejor homenaje consistiría en la insistencia de ediciones económicas de sus obras, para que estas pudieran llegar a todos. No ediciones monumentales y lujosas, que su espíritu sencillo repugnaría, ediciones al alcance de muy pocos y que se quedan en los almacenes de los editores o en estanterías de quienes compran pero no leen. Y aun mejor que ediciones de las obras completas en apretados tomos, cuadernos con ramilletes de composiciones por temas, para que cada cual fuese a aquel más de su predilección.

E incluso esto debiera ser una tarea de los Ministerios de Información y Turismo, de Educación y Ciencia y de Agricultura. Explicaré esta aparente galimatías: por qué estarían obligados a intervenir esos tres Ministerios.

El de Turismo, por cuanto los hombres de la ciudad sentimos deseos de escaparnos al campo cuando leemos a don José María. Y encauzar ese turismo, aunque sea para los de dentro, también vale la pena.

El de Educación, haciendo un texto escolar con que iniciar la entrada del poeta en el corazón de los niños.

Y el de Agricultura, para ver si los hombres del campo experimentan una reacción contraria a la nuestra y no sienten ganas de venirse a la ciudad. Porque Gabriel y Galán pudiera ser, bien distribuido, el más fuerte freno contra el absentismo.

VERSOS SALMANTINOS

Al árbol del patio de la Universidad

Abajo son tus tejidos fuertes, duros,
como los muros
que te circundan de la Universidad,
y a medida que asciendes al par procuras
en las alturas,
ser flexible sin perder tu majestad.
Con razón de tu existencia
alardeas
—símbolo del anhelo—:
jeres
pincel de ciencia
que quieres
pintar ideas
en el cielo!

Fernando BRAVO Y BRAVO